

**bakeaz**

bakeari buruzko dokumentazio eta ikerkuntzarako zentroa  
centro de documentación y estudios para la paz



CUADERNOS  
BAKEAZ

GEOPOLÍTICA

Carlos Taibo

# Veinticinco preguntas sobre los conflictos yugoslavos

*Carlos Taibo es profesor de Ciencia Política y director del programa de estudios rusos de la Universidad Autónoma de Madrid. Ha publicado, entre otros libros, **Las fuerzas armadas en la crisis del sistema soviético** (Catarata-Bakeaz, Madrid-Bilbao, 1993); **La Unión Soviética** (1917-1991) (Síntesis, Madrid, 1994); **La disolución de la URSS** (Ronsel, Barcelona, 1994); **Crisis y cambio en la Europa del Este** (Alianza, Madrid, 1995); **La Rusia de Yeltsin** (Síntesis, Madrid, 1995), y, en colaboración con José Carlos Lechado, **Los conflictos yugoslavos** (Fundamentos, Madrid, 1995, 3ª edición). Es miembro de "Paz Ahora" y del "Colectivo de Solidaridad con Bosnia del CAUM" de Madrid, así como colaborador de **Bakeaz**.*

*De las versiones anteriores de este texto han aparecido tres ediciones en castellano (CAUM, Madrid, 1993; Bakeaz, Bilbao, 1994; Cristianisme i Justícia, Barcelona, 1994), dos en catalán (Món-tres, Barcelona, 1994; Cristianisme i Justícia, Barcelona, 1994) y una en gallego (Nova Escola Galega, Vigo, 1994).*

*Aunque sería un grave error dar por cerrados los conflictos posyugoslavos, puede considerarse que el acuerdo de Dayton señala un antes y un después claramente delimitados. En este texto se analizan las principales claves de explicación de esos conflictos. Al respecto se estudian la ruptura de las reglas del juego acometida por el gobierno serbio, la respuesta que encontró en Eslovenia y Croacia, el estallido de la guerra en Bosnia y la agresión padecida por un proyecto multiétnico, la situación en países como Kosovo y Macedonia, o las responsabilidades de la comunidad internacional. El trabajo propone también un análisis detallado del acuerdo de Dayton y de sus presumibles efectos.*

## ¿Cuál era, en los años ochenta, la composición demográfica de las distintas repúblicas yugoslavas?

1

Consecuencia principal de los enfrentamientos que han tenido por escenario el Estado federal yugoslavo ha sido la desaparición de ese Estado y la conflictiva configuración, como entidades independientes, de cuatro de las repúblicas que lo integraban: Eslovenia, Croacia, Bosnia y Macedonia. Las dos restantes —Serbia y Montenegro— mantienen hoy una ficticia "Federación Yugoslava". En el interior de la primera de ellas, en Serbia, se ha procedido a abolir, entre tanto, la condición de "regiones autónomas" de la que disfrutaban dos territorios: Kosovo y la Vojvodina. De norte a sur, la composición demográfica de cada una de las seis repúblicas yugoslavas era, en sus rasgos más generales, la siguiente.

■ En *Eslovenia* (20.250 km<sup>2</sup>; 1.953.000 hab. en 1981; capital: Ljubljana; lengua: esloveno; religión: católica), un 88% de

los habitantes eran eslovenos. Los croatas configuraban un 3% de la población, mientras la minoría serbia no alcanzaba siquiera un 2% de ésta.

■ En *Croacia* (56.540 km<sup>2</sup>; 4.685.000 hab. en 1981; capital: Zagreb; lengua: serbocroata; religión: católica, con minoría ortodoxa), un 74% de los habitantes eran croatas. Los serbios, un 11%, se concentraban en dos regiones: eran mayoritarios en la Krajina, fronteriza con Bosnia, y una minoría significada en Eslavonia.

■ En *Bosnia-Herzegovina* o Bosnia (51.130 km<sup>2</sup>; 4.516.000 hab. en 1981; capital: Sarajevo; lengua: serbocroata; religión: musulmana, ortodoxa y católica), había tres comunidades nacionales de peso notorio: los musulmanes —habitantes ante todo de las ciudades— configuraban del orden de un 40% de la población, mientras que los serbios —por lo general residentes en el campo— eran algo menos del 30% y los croatas un 17%. Estos últimos se concentraban en la Herzegovina, limítrofe con la costa dálmata croata.

■ En *Serbia* (88.360 km<sup>2</sup>; 9.714.000 hab. en 1981; capital: Belgrado; lenguas: serbocroata, albanés, húngaro; religión: ortodoxa, con minorías musulmana y católica), si excluimos del cómputo las regiones autónomas de Kosovo y la Vojvodina, los serbios eran un 83% de los habitantes.

Ninguna otra comunidad nacional tenía una presencia significativa. La situación demográfica era distinta, sin embargo, en las regiones autónomas mencionadas. En Kosovo (10.890 km<sup>2</sup>; 1.980.000 hab. en 1981; capital: Pristina) algo más de un 80% de la población lo configuraban albaneses; los serbios eran poco más del 10% de los habitantes. Aunque los serbios eran clara mayoría en la Vojvodina (21.500 km<sup>2</sup>; 2.050.000 hab. en 1981; capital: Novi Sad), toda vez que aportaban más del 60% de la población, había una importante minoría húngara, a la que pertenecía casi el 20% de los habitantes.

■ En *Montenegro* (13.810 km<sup>2</sup>; 625.000 hab. en 1981; capital: Podgorica-Titograd; lengua: serbocroata; religión: ortodoxa), los montenegrinos eran un 70% de los habitantes. Junto a ellos sólo se hacían notar dos minorías de algún peso: los musulmanes eran un 13% de la población, mientras que los albaneses constituían un 7% de esta última.

■ Por fin, en *Macedonia* (25.710 km<sup>2</sup>; 2.130.000 hab. en 1991; capital: Skopje; lenguas: macedonio, albanés; religión: ortodoxa, musulmana), los macedonios aportaban también del orden de un 70% de la población. Los albaneses, concentrados en la franja más occidental de la república, suponían algo más del 20% de los habitantes.

Agreguemos dos observaciones. En primer lugar, en la arena yugoslava el uso del concepto de *etnia* corresponde al común en antropología: el de un grupo cultural que exhibe determinadas singularidades; nunca designa, por tanto, a una "raza". En segundo término, los *musulmanes* que hemos mencionado no son gentes que se definan primariamente por su adscripción religiosa: se trata de descendientes de serbios y de croatas que, siglos atrás, se convirtieron al Islam. En la mayoría de los casos el adjetivo "musulmán" da cuenta de una realidad cultural antes que religiosa; de hecho, muchos de los "musulmanes" de hoy no son creyentes, circunstancia que ha incitado a algunos especialistas a emplear el término "bosniacos" para identificar a los musulmanes bosnios.

## 2 ¿Por qué entró en crisis el Estado federal yugoslavo?

Entre las razones que explican la crisis del Estado federal yugoslavo pueden mencionarse las siguientes:

■ En el Estado federal yugoslavo la ausencia de pluralidad ideológica se vio acompañada por una notable *descentralización* espacial, que convirtió a las repúblicas, y a otras divisiones administrativas, en agentes políticos de relieve. Entre 1945 y 1991 las tensiones internas en el Estado federal reflejaban disputas "nacionales" entre esos poderes territoriales, y apenas se hacían sentir, por tanto, en la forma de enfrentamientos "ideológicos". Cuando los problemas económicos y la muerte de Tito, en 1980, aceleraron la crisis, las tensiones se agudizaron, pero se mantuvieron en el mismo escenario. La desintegración del viejo régimen no dio lugar de forma inmediata, como sucedió en otros países del área, a una colisión entre "izquierda" y "derecha": las disputas "ideológicas" sólo aparecieron, en compartimentos estancos, en el interior de cada una de las repúblicas que integraban el Estado federal.

■ En los dos últimos decenios de su historia el Estado federal yugoslavo experimentó una significativa *crisis económica*. La

economía se mostraba incapaz de extraer provecho de algunas de sus innegables ventajas en comparación con otros países del área: su relativa focalización en el consumo, su descentralización... Algunos elementos próximos a las economías de planificación central adquirieron, entre tanto, un renovado vigor, en la forma de una poderosísima burocracia, de una notable falta de estímulos o de una evidente ineficacia en la gestión. El país, que importaba con facilidad las crisis que llegaban de Occidente, no había conseguido mitigar en su interior, por lo demás, alarmantes diferencias de desarrollo: éstas configuraban un norte rico (Eslovenia, Croacia), un sur manifiestamente empobrecido (Montenegro, Kosovo, Macedonia, parte de Bosnia) y un centro geográfico a mitad de camino entre una y otra situación (Serbia, el resto de Bosnia).

■ La crítica situación económica generó dos tensiones. Por un lado, el grupo humano dirigente en Serbia adoptó a partir de 1986 un discurso nacionalista agresivo con el propósito, evidente, de preservar privilegios adquiridos. Por el otro, buena parte de las élites políticas de Eslovenia y Croacia apostaron, con mayor o menor claridad, por el abandono de un Estado federal en el que apreciaban una rémora para los intereses económicos de las dos repúblicas. Hay que subrayar, de cualquier modo, que la ruptura de las reglas del juego protagonizada entre 1986 y 1991 por las autoridades serbias no respondió al objetivo de contestar las *tendencias secesionistas en Eslovenia y Croacia*: en ninguno de los pronunciamientos del nacionalismo serbio en ascenso se recurrió a este argumento. Las demandas de las autoridades serbias se concentraron, por el contrario, en una agresiva propuesta de reconfiguración de fronteras en la que estaban implícitos el reconocimiento de la independencia de Eslovenia y de Croacia, por un lado, y la propia desaparición del Estado federal, por el otro. No hay, pues, una relación causal entre las tensiones secesionistas de las repúblicas septentrionales y la política de las autoridades serbias; ésta le vino como anillo al dedo, eso sí, a las fuerzas partidarias de la independencia de Eslovenia y Croacia.

■ En un escenario de notable *entrecruzamiento étnico*, las "fronteras" entre las repúblicas yugoslavas rara vez dibujaban, como se ha apreciado en la primera pregunta, comunidades homogéneas. Uno de los rasgos que explican muchos de los conflictos posteriores es la presencia de serbios fuera del territorio de su república: en dos regiones de Croacia —Eslavonia y Krajina—, en Bosnia y, con menor intensidad, en Montenegro, Kosovo y Macedonia. En Bosnia, y junto a una mayoría musulmana, había también —lo hemos señalado— áreas pobladas fundamentalmente por croatas. Nos encontramos, en otras palabras, ante un espacio geográfico en el que se ha hecho sentir un claro cruce de pueblos, del que el mejor ejemplo es, sin duda, el caso de Bosnia.

■ La tensión entre *el campo y la ciudad* tiene una importancia decisiva. Los protagonistas de las principales rencillas interétnicas han sido casi siempre, en los últimos años, gentes del campo, más permeables a discursos nacionalistas agresivos y más inclinadas a invocar viejos contenciosos históricos mal resueltos. Los habitantes de las ciudades, en cambio, parecen haber permanecido relativamente al margen de las dinámicas de enfrentamiento, como lo demuestra un hecho: en los últimos años el gobierno bosnio, que en líneas generales ha mantenido en vigor un proyecto multiétnico, poco más ha conseguido controlar que los espacios urbanos.

■ Las *fuerzas armadas* del Estado federal exhibían dos singularidades: la presencia masiva de serbios en sus escalafones superiores, lo que creaba un entorno propicio para una "serbianización", y la existencia de unidades de defensa territorial en cada una de las repúblicas, que disponían así de cierto margen de maniobra militar. El hecho de que la descentralización afectase a las propias fuerzas armadas

tuvo una importancia decisiva en el desarrollo de las crisis posteriores.

■ El hundimiento de los regímenes burocráticos imperantes en la mayoría de los estados de la Europa central y oriental ejerció un influjo innegable en Yugoslavia, cuyos habitantes pudieron comprobar, a finales de 1989, cómo países que siempre habían estado por detrás en el terreno político se colocaban repentinamente por delante.

### 3 ¿Cuál es la naturaleza de los conflictos yugoslavos?

En una primera lectura, las crisis yugoslavas remiten a una poderosa reaparición de la "historia", en la cual los elementos "ideológicos" desempeñan un papel menor: los enfrentamientos parecen serlo entre *etnias* (culturas, lenguas, religiones...), y no entre *ideologías* políticas o sistemas económicos. Muy en particular, es imposible identificar en la arena yugoslava una colisión entre el "comunismo", que conforme a una descarriada interpretación estaría representado por las autoridades serbias, y la "democracia liberal", representada por sus homólogas eslovenas y croatas. Hay, bien es cierto, una significativa oposición, de evidentes resonancias "ideo-

lógicas", entre el proyecto multiétnico que buena parte de la población bosnia —la mayoría de los musulmanes, pero también muchos serbios y croatas— ha intentado defender, y el proyecto exclusivista y xenófobo avalado por los gobiernos de Serbia y de Croacia.

Más allá de las observaciones anteriores, satanizar al *nacionalismo* haciéndolo responsable de todos los males es olvidar, al menos, dos cosas. En primer lugar, hay diferentes tipos de nacionalismo: no son comparables los comportamientos exhibidos por un nacionalismo agresivo —el hoy imperante en Serbia—, por nacionalismos que han buscado la convivencia —el dominante entre los musulmanes bosnios— o por un nacionalismo que responde al propósito de resistir frente a una visible agresión externa —el que se hace notar entre los albaneses de Kosovo—. En segundo lugar, no está de más recordar que en buena medida los conflictos yugoslavos remiten, como ya hemos señalado, al comportamiento de grupos humanos en el poder —primero el gobernante en Serbia, más adelante el imperante en Croacia— que se han servido del nacionalismo para preservar su condición de privilegio: en este marco, el nacionalismo más bien parece un instrumento que la causa de los problemas.

Por último, los conflictos yugoslavos obligan a distinguir, como tantas veces, entre *los pueblos y los gobiernos*: no estamos ante un enfrentamiento entre comunidades humanas en el cual unas sean un dechado de perfecciones y otras alarmantes engendros del mal. No hay justificación alguna, en particular, para culpabilizar colectivamente

Mapa 1 El estado federal yugoslavo



Fuente El País.

te a “los serbios”, a “los croatas” o a cualquier otro grupo étnico.

## 4 ¿Quién rompió, en los hechos, el Estado federal yugoslavo?

Junto al efecto combinado de los factores mencionados se hizo sentir un elemento que ya hemos avanzado: llevada de su deseo de mantenerse en el poder, la *élite gobernante en Serbia* decidió acometer, encabezada por Milosevic, un giro radical en su mensaje político en beneficio de un nacionalismo de perfiles cada vez más agresivos. Ese nacionalismo se asentaba, además, en la idea de que el fortalecimiento pasado del Estado federal había operado siempre en detrimento de Serbia (“una Yugoslavia fuerte implica una Serbia débil”), como lo atestiguaban la creación de repúblicas artificiales —Bosnia, Montenegro, Macedonia—, la usurpación de territorios serbios en la Krajina y en Eslavonia, y la propia configuración, como regiones autónomas, de Kosovo y la Vojvodina.

Entre 1986 y 1991 las autoridades serbias acometieron diversas *rupturas en las reglas del juego* del Estado federal: abolieron los estatutos que conferían a Kosovo y a la Vojvodina la condición de regiones autónomas; desplegaron un discurso de clara, y eventualmente violenta, defensa de los “intereses” de los serbios residentes en las restantes repúblicas; postularon una abierta recentralización de las relaciones en detrimento de los poderes republicanos; establecieron significativas obstrucciones a la sucesión, rotatoria, en la presidencia federal, y rechazaron cualquier proyecto político que pusiese en cuestión el derecho de todos los serbios a vivir en un solo Estado. En su momento no dudaron en apoyar, en fin, la configuración, en Croacia y en Bosnia, de “regiones autónomas” que en los hechos eran pequeños estados con pretensión de independencia.

## 5 ¿Quiénes rechazaron la conversión del Estado federal en una confederación?

En 1990 y 1991, y ante todo por la oposición de las autoridades serbias, se cerró el camino a cualquier opción confederal. Cuando la crisis empezó a adquirir perfiles peligrosos, cuatro de las seis repúblicas yugoslavas —Eslovenia, Croacia, Bosnia y Macedonia— reclamaron, bien es verdad que inspiradas por intereses dispares, la conversión del Estado federal en una *confederación* de estados independientes. A la luz de lo sucedido después, ese proyecto se antoja hubiera sido mucho más civilizado y razonable que el que a la postre ganó terreno: no sólo hubiese preservado políticas comunes en el ámbito, por ejemplo, de la economía o de las relaciones externas, sino que hubiese permitido, también, mitigar los efectos de la ruptura en las reglas del juego del Estado federal acometida por las autoridades serbias. No hay que olvidar que en ese momento tanto los EE.UU. como la Unión Europea (su antecesora la Comunidad Europea), que rechazaban cualquier perspectiva de aparición de nuevos estados, respaldaron la posición del gobierno serbio.

La opción desechada —una confederación de estados independientes— hubiese abierto algún camino de espe-

ranza, por cuanto hubiese contribuido a crear un entorno apropiado para que eventuales revisiones de fronteras se encarasen de forma pausada y consensuada. La preservación de dosis significativas de descentralización, la certificación de la venturosa realidad multiétnica de los diferentes países y el reconocimiento de la posibilidad de dobles nacionalidades hubiesen limado, en particular, muchas asperezas.

## 6 ¿Cómo respondieron Eslovenia y Croacia a la ruptura de las reglas del juego en el Estado federal?

El ascenso de una versión agresiva del nacionalismo serbio imprimió un renovado auge a las tensiones secesionistas en la mayoría de las restantes repúblicas. Fuerzas políticas que a primera vista parecían apostar por el mantenimiento del Estado federal acabaron inclinándose por la opción independentista. Esto sucedió, en particular, en Eslovenia y Croacia, cuyos parlamentos declararon las independencias respectivas, tras sendos referéndums, en junio de 1991.

En *Eslovenia* la decisión se saldó con un efímero enfrentamiento entre las unidades de defensa republicanas y el ejército federal, y con un reconocimiento de hecho de la independencia de la república; en el territorio esloveno los serbios eran, no se olvide, una exigua minoría. En *Croacia* se abrió camino, en cambio, durante la segunda mitad de 1991, una guerra abierta iniciada por las milicias serbias, con apoyo del ejército federal. En el trasfondo del conflicto estaba el problema de los derechos de los serbios presentes en Eslavonia y la Krajina, dos regiones que, ocupadas, fueron objeto de una activa “limpieza étnica” por las milicias serbias. La guerra se prolongó hasta los primeros días de 1992, cuando la Unión Europea (UE), encabezada por Alemania, reconoció a Eslovenia y Croacia.

Conviene recordar, de cualquier modo, que antes de la guerra las autoridades croatas se habían negado a reconocer ningún tipo de autogobierno en Eslavonia y la Krajina. Al actuar de esa manera, y al mostrar subterráneas simpatías por el régimen fascista imperante en Croacia durante la segunda guerra mundial, agregaron leña a un fuego que ya era, de por sí, muy vivo. Este hecho dibuja a la postre una responsabilidad principal, la de las autoridades serbias, y una responsabilidad subsidiaria, pero bien real: la de los gobernantes croatas.

Al respecto de la guerra serbio-croata de la segunda mitad de 1991 mucho se ha hablado del papel desempeñado por el *reconocimiento alemán* de Eslovenia y, en particular, de Croacia. Es innegable, por lo pronto, que los movimientos alemanes se vieron marcados por el propósito de consolidar una esfera de influencia en el norte del Estado federal yugoslavo. En la práctica Alemania fue el principal valedor de la independencia de las repúblicas septentrionales, sin que ello obligue a aceptar, sin embargo, muchas satanizaciones de su política que se asientan en argumentos débiles: no fue la actitud germana, sino las condiciones de la política serbia, lo que impulsó las declaraciones de independencia de Eslovenia y Croacia. Menos puede acusarse a Alemania de estimular los enfrentamientos bélicos, no en vano su reconocimiento de esas repúblicas se produjo al cabo de medio año de agresión militar serbia. Alemania defendió, innegablemente, mezquinos intereses, pero no fue responsable principal de la ruptura del Estado federal yugoslavo, que hay que atribuir ante todo

al expansionismo nacionalista imperante en Serbia entre 1986 y 1991.

## 7 ¿Hay alguna razón de peso en las tesis esgrimidas por las autoridades serbias?

Cuando las autoridades serbias ofrecen alguna explicación sobre su comportamiento, el argumento es siempre el mismo: el abandono unilateral, que Eslovenia y Croacia protagonizaron, del Estado federal creó graves problemas a los serbios presentes en otras repúblicas, cuyos derechos fueron violentados. En consecuencia, la desaparición de la federación eximió a Serbia de cualquier obligación de respeto de las fronteras interrepúblicas existentes con anterioridad a la primavera de 1991.

Esta tesis —que, como todas, algo tiene de verdad— se asienta en un voluntario olvido de la naturaleza de la política desplegada por el gobierno serbio desde 1986. Las autoridades serbias protestan por algo que no fue sino una consecuencia de su propio comportamiento: si no hubiesen roto las reglas del juego en el Estado federal, acaso la secesión de Eslovenia y de Croacia no se hubiese producido —las responsabilidades correspondientes hubiesen sido, entonces, otras—, y no hubiesen sido violentados los derechos de los serbios presentes en esas repúblicas.

Esto aparte, la constante acusación de inconstitucionalidad que recibieron, del lado serbio, los *referéndums* de autodeterminación celebrados en Eslovenia, Croacia, Bosnia, Macedonia y Kosovo no impidió que las minorías serbias de la Krajina recurrieran al mismo procedimiento y que los responsables gubernamentales de Belgrado viesan con buenos ojos otro referéndum, el de Montenegro, favorable a sus intereses. Éste es un ejemplo más de cómo la política de las autoridades serbias mostró en los hechos un escaso respeto por normas y principios.

Los argumentos del gobierno serbio no aciertan a explicar, en fin, qué justificación puede haber para el salvaje método empleado: lo que se ha dado en llamar *limpieza étnica*. Existe una dramática desproporción entre la naturaleza de la ofensa —la conculcación de los derechos de los serbios en diferentes regiones— y la naturaleza de la respuesta —el uso de la fuerza, en primer lugar, y el despliegue de operaciones de “limpieza étnica”, más adelante—.

## 8 ¿Cómo se extendió la guerra a Bosnia?

A los conflictos en Eslovenia y Croacia les siguió, en abril de 1992, una extensión de la guerra a Bosnia, en donde también existían significativas bolsas de población serbia. El esquema de “culpas compartidas” que hemos trazado para explicar la crisis croata no sirve para dar cuenta de los acontecimientos bosnios, en los que es fácil identificar una clara víctima: el grueso de la población musulmana y aquellos croatas y serbios que se pusieron de su lado.

El referéndum de autodeterminación celebrado a principios de 1992 en Bosnia se tradujo en un respaldo mayoritario a una república independiente y multiétnica, que reproducía bien a las claras el temor de muchos bosnios a lo que empezaba a ser una realidad preocupante: una “Yugoslavia” en la que —a la luz de lo ocurrido en Croacia y de la independen-

### Mapa 2 Las zonas en conflicto



Fuente: El País.

cia de ésta y de Eslovenia— la dominación serbia era un claro problema. El gobierno bosnio había sentado, por lo demás, las bases de un *equilibrio*, bien que precario, entre las principales comunidades residentes en la república. Había garantizado, así, un grado notabilísimo de descentralización en la toma de decisiones, había repartido el poder y había decidido prescindir, en fin, de las unidades de defensa territorial bosnias.

La respuesta desplegada por milicias serbobosnias, apoyadas de nuevo en el ejército federal, fue la misma que en Croacia. La *limpieza étnica* se abrió camino en regiones muy extensas, mientras la capital de la república, Sarajevo, era objeto de un constante acoso militar. Un porcentaje elevadísimo de la población, y fundamentalmente de la población musulmana, se vio obligado a abandonar sus casas y a buscar refugio en otras áreas de la república, en Croacia o en otros países. Con el paso del tiempo, y en particular durante 1993, las propias milicias croatas desarrollaron también operaciones de “limpieza étnica”, con la víctima principal, de nuevo, en la población musulmana.

El resultado de esta dinámica bélica se puede resumir en una cifra de muertos que se sitúa en torno a 150.000, unas 40.000 mujeres violadas y más de la mitad de la población de la república obligada a buscar refugio lejos de sus hogares. A mediados de 1995 las milicias serbobosnias, dirigidas por Radovan Karadzic desde el llamado “parlamento de Pale”, controlaban, y habían “limpiado étnicamente”, un 70% de la superficie de Bosnia. Semejante estado de cosas mucho tenía que ver, también, con la decisión internacional de someter a un *embargo de armas* a todos los contendientes: el gobierno de Sarajevo fue, con mucho, la principal víctima de ese embargo, toda vez que se le privó de un elemento decisivo para acometer su defensa, al tiempo que se permitía que las milicias serbobosnias hiciesen uso de los arsenales del ejército federal yugoslavo.

## 9 ¿Qué significaron los diferentes planes internacionales en relación con Bosnia?

La primera concreción significativa de las presiones internacionales para la resolución del conflicto bosnio fue el plan

Vance-Owen. En su esencia, el plan pretendía garantizar, al menos formalmente, la integridad territorial y la soberanía de Bosnia. Determinaba también una decena de cantones cuya dirección se fijaba con arreglo a criterios étnicos: en unos el gobierno estaría encabezado por musulmanes, en otros por serbios y en otros, en fin, por croatas.

A mediados de 1993, y olvidando el plan Vance-Owen, la comunidad internacional dio su visto bueno a la propuesta serbio-croata de *partición* de Bosnia en tres estados étnicamente homogéneos. Las protestas del gobierno legítimo de la república, empeñado en defender una Bosnia interétnica e intercultural —la que se manifestaba en su propia configuración, toda vez que en él participaban musulmanes, serbios y croatas: no se trataba, por tanto, de un gobierno “musulmán”—, tuvieron en un primer momento poco efecto. El plan de partición acababa con toda ficción de Estado común y, en la línea trazada por el plan Vance-Owen, respaldaba en los hechos los resultados de la conquista de territorios por la fuerza.

Como quiera que a la postre el plan de partición tampoco prosperó, en la primavera de 1994 el *grupo de contacto* —EE.UU., Rusia, Reino Unido, Francia y Alemania— decidió imponer un nuevo plan que otorgaba un 51% del territorio a la “Federación bosnio-croata” —más adelante nos ocuparemos de ésta— y el 49% restante a las milicias serbobosnias. El plan legitimaba de manera visible la conquista de territorios, en la medida en que asignaba a los señores de la guerra serbios la mitad de la superficie de la república. Es significativo que pretendiese ocultar esta realidad tras una infantil añagaza estadística: el hecho de que algo más de la mitad del territorio, un 51%, quedase bajo control del gobierno de Sarajevo era una estéril recompensa simbólica en la que los negociadores internacionales revelaban su mala conciencia. Pese a ser impresentablemente generoso con las milicias serbobosnias, el plan encontró el inmediato rechazo de estas últimas y de su “parlamento de Pale”. Tal rechazo tuvo como efecto una ruptura entre éste y el gobierno de Milosevic en Belgrado. Milosevic, decidido a hacer méritos para que la comunidad internacional levantara el embargo que desde dos años atrás pesaba sobre Serbia y Montenegro, anunció a su vez, en el otoño de 1994, un embargo sobre sus otrora aliados serbobosnios.

No está de más recordar que, de por medio, el prestigio de la comunidad internacional se había visto erosionado, una vez más, de resultados de la inobservancia de una resolución de la ONU que, en mayo de 1993, comprometía a garantizar la seguridad de seis enclaves bosnios: Sarajevo, Tuzla, Srebrenica, Gorazde, Bihac y Zepa. Bastará con mencionar que Srebrenica y Zepa fueron ocupadas por milicias serbobosnias en julio de 1995, que en el primero de esos claves fueron ejecutados varios millares de varones en edad de

combatir, o que la ciudad de Sarajevo en ningún momento dejó de ser bombardeada.

## 10 ¿Qué es la “Federación bosnio-croata”?

En virtud de factores varios —los fracasos militares de Croacia en Bosnia, la crisis política interna, la presión norteamericana—, en febrero de 1994 bosnios y croatas pusieron fin a los combates que habían mantenido durante el año anterior. En marzo tomaba forma la “Federación bosnio-croata”, que implicaba una especie de Estado federal, con un cuerpo legislativo común, un principio de rotación en la presidencia y una división en cantones; la formación naciente debería confederarse, por añadidura, con Croacia.

En adelante se hizo patente, sin embargo, que los problemas de la Federación eran muchos. Croacia, en particular, no pareció cambiar sustancialmente su política: pese al acuerdo suscrito en noviembre de 1995 sobre Mostar, el régimen croata ha impuesto, en las zonas que controla, una estructura visiblemente autoritaria, ha rechazado la organización de elecciones, no parece dispuesto a invertir los resultados de la “limpieza étnica” practicada en 1993, y tampoco se ha mostrado inclinado a colaborar militarmente con el gobierno bosnio. La decisión croata de preservar la *división de Mostar*, y de rechazar la perspectiva de un solo ayuntamiento para una ciudad multiétnica, da buena cuenta del sentido de fondo de la política de Zagreb, para la que Bosnia se antoja una especie de satélite una parte de cuyo territorio debe quedar supeditada, sin más, a sus intereses. En el trasfondo de la política croata bien puede encontrarse una circunstancia sobre la que volveremos: Croacia no le hace ascos —retórica aparte— a una eventual partición de Bosnia.

Conviene precisar, de cualquier modo, que hablando en propiedad la Federación no la han suscrito, como a menudo se apunta en los medios de comunicación, “musulmanes” y “croatas”: del lado bosnio participan por igual musulmanes, serbios y croatas. Ello no ha sido óbice, sin embargo, para que algunas fuerzas partidarias de la preservación de una Bosnia multiétnica hayan sugerido la necesidad de verbalizar la condición de *naciones constituyentes* de musulmanes, serbios y croatas; al respecto, y por razones evidentes, el término “Federación bosnio-croata” es innegablemente equívoco.

Mapa 3

Las regiones de Croacia ocupadas por milicias serbias, a mediados de 1995



Fuente: El País.

## 11 ¿Qué opiniones se han hecho valer entre la población serbia?

Hablar de “los serbios” como si fuesen un agente de comportamiento homogéneo es una crasa equivocación. A principios de 1995 podían distinguirse entre los serbios al menos tres “grupos de presión” con intereses contrapuestos.

Para el gobierno de Belgrado, con Milosevic a la cabeza, el objetivo primero ha sido, desde 1994, el levantamiento del embargo internacional, en la perspectiva de poner freno a una crisis económica sin fondo. Al respecto, Milosevic se avino a romper formalmente con sus otrora aliados ser-

bobosnios y reprimió con dureza a una parte de la oposición nacionalista interna. Como no podía ser menos, se ha dudado de la sinceridad de Milosevic, en quien más de un analista ha identificado un simple deseo de acabar con una mafia económica competidora: la liderada por Karadzic en Bosnia.

Nada de lo anterior parecieron entenderlo durante muchos meses Karadzic y su “parlamento de Pale”, que configuraron un segundo grupo de presión. Tan fuerte había sido su apuesta en el pasado que no conseguían imprimirle un freno a sus políticas, en una abierta “huida hacia adelante”. Karadzic sabía, no obstante, que la comunidad internacional no había castigado ninguno de sus desafueros, y que en una economía manifiestamente subterránea los efectos de un embargo como el decretado por Milosevic estaban llamados a ser marginales.

Un último grupo de presión lo conforman “los otros serbios”, quienes se han negado a aceptar la lógica xenófoba imperante. Hay que recordar que unos 200.000 serbios residen, sin problemas evidentes, en los territorios de la “Federación bosnio-croata”. En *Sarajevo* funciona un activo “Consejo de ciudadanos serbios” que mantiene su apuesta por una Bosnia multiétnica confederada con una Serbia y una Croacia democráticas. Los “otros serbios” y los “otros croatas” —y entre ellos quienes resisten, *in situ*, al profascismo de los gobiernos de Belgrado y de Zagreb— son los grandes olvidados por una comunidad internacional que ha hecho oídos sordos a sus demandas, empeñada en poner fin al conflicto bélico fuese como fuese, aun a costa de dejar en la cuneta principios y derechos.

## 12 ¿Qué es lo que ha permitido la firma del acuerdo de Dayton?

La consecución de un acuerdo como el de Dayton hubiera sido impensable si, con anterioridad, no se hubiesen producido cambios significativos.

■ En primer lugar, las *milicias serbobosnias* han sido a la postre víctimas de sus propios éxitos: acabaron por conquistar un territorio muy grande y se vieron obligadas a defender una línea de frente muy extensa, en un escenario en el que, además, la prolongación de la guerra provocaba un innegable cansancio. Éste se combinó, por añadidura, con la dificultad de movilizar a más soldados —nuevas medidas fueron arbitradas, en relación con la población huida a Serbia, en 1995— y de obtener suministros, de resultados del embargo, por parcial que éste haya sido, decretado por Belgrado en el otoño de 1994. Otro embargo, el de armas del que era víctima el gobierno de Sarajevo, fue sorteado en repetidas ocasiones —al menos en lo que atañe a armas ligeras—, mientras muchos oficiales de la *armija* bosnia recibían instrucción militar.

Todo lo anterior acabó por producir un agudo enfrentamiento entre los máximos dirigentes serbobosnios: Karadzic y Mladic. Aunque sus diferencias tenían mucho de coyuntural, Karadzic se ajustaba mejor al modelo de un ultranacionalista vinculado a la conservadora tradición *chetnik*, mientras Mladic parecía más próximo a la iconografía de la guerrilla partisana. Karadzic apostaba por una mayor independencia con respecto a Belgrado, mientras Mladic era más permeable a las instrucciones de Milosevic. Karadzic, en suma, contaba con un feudo propio en Pale, mientras los intereses de Mladic se concentraban en la región de Banja Luka, en el norte de Bosnia.

■ Hito fundamental lo han sido los cambios operados en la política croata. No se olvide que *Croacia* ha debido encarar desde 1991 problemas graves derivados de la ocupación de una cuarta parte de su territorio. La respuesta a semejante estado de cosas no ha sido otra que un régimen autoritario, asentado en un culto a la personalidad en la figura del presidente Tudjman y en una visible marginación de la oposición. El proceso se ha visto completado por una activa militarización, toda vez que desde 1992 el régimen puso manos a la obra de dotarse de unas fuerzas armadas bien entrenadas y pertrechadas. Los efectos del fortalecimiento militar se hicieron notar, en agosto de 1995, en la forma de la “reconquista” de la Krajina. La pérdida de esta última por las milicias serbias produjo en sus líneas de frente un descalabro que pronto fue aprovechado por el ejército croata para ocupar parte de Bosnia central; la operación se saldó, por lo demás, con un nuevo episodio, ahora alentado por Croacia, de “limpieza étnica”.

En la ofensiva militar croata —que abocó en la ocupación, en unas pocas semanas, de un 20% de Bosnia— ejercieron escasa influencia, se diga lo que se diga, los bombardeos realizados por la OTAN. Tampoco parece haber desempeñado un papel relevante un ejército bosnio que, aunque fortalecido, ha exhibido notorias limitaciones. Consecuencia importante también de la recuperación de la Krajina ha sido un creciente interés croata por el único territorio ocupado en 1991 y todavía en manos de las milicias serbias, Eslavonia oriental (conforme al compromiso contraído por Milosevic en el otoño de 1995, será devuelto a Croacia).

■ Un tercer antecedente lo ha aportado, cómo no, el giro impreso por Milosevic a sus políticas. Deseoso de propiciar un levantamiento del embargo económico, *Milosevic* abandonó, al menos formalmente, su viejo sueño de la “gran Serbia”, o en su defecto aceptó la posibilidad de una mayor moderación en lo que atañe a las eventuales fronteras de aquélla. El presidente serbio accedió probablemente a una repentina conciencia de que el tiempo de las conquistas militares había pasado, de tal suerte que era preferible recoger algo a perderlo todo.

El efecto final de las operaciones militares croatas, y de la aquiescencia final con que Milosevic las recibió, fue una clarificación del escenario: al amparo de las primeras progresó una nueva “limpieza étnica” de territorios, de tal suerte que los planes de división impuestos por los EE.UU. resultaban mucho más hacederos que unos meses antes. Esto aparte, parece fuera de discusión que los reveses militares serbobosnios se tradujeron, a la postre, en una conciencia repentina de la necesidad de negociar.

## 13 ¿En qué consiste el acuerdo de Dayton?

Quien lo desee puede realizar una lectura optimista del acuerdo sobre Bosnia alcanzado en Dayton en noviembre de 1995 y refrendado poco después en París. Al amparo de ese acuerdo, por lo pronto, la tensión bélica se ha reducido de manera sensible. Esto aparte, parece innegable que unos meses antes, habida cuenta de la dinámica militar entonces imperante, un acuerdo como el suscrito se hubiese antojado beneficioso para el gobierno bosnio, que estaba perdiendo la guerra. Agreguemos, en fin, que, leído sin prejuicios, y con ignorancia de los antecedentes, el acuerdo de Dayton perfila un sugerente modelo de *Estado federal*. Más allá de esas observaciones, y resituado el acuerdo en un escenario concreto como es el de Bosnia, sus términos no parecen, sin embargo, tan halagüeños.

En su frontispicio, el acuerdo de Dayton garantiza formalmente la integridad territorial, la independencia y la soberanía de Bosnia. El futuro de ésta será el de un Estado federal integrado por dos entidades: la "Federación bosnio-croata" y la llamada "República serbia", configurada en torno al actual "parlamento de Pale". El acuerdo señala que Bosnia tendrá una presidencia colegiada y rotatoria, con representantes de las tres principales etnias existentes en su territorio. Contará también con un ejecutivo y un parlamento comunes cuyas funciones estarán, es cierto, muy recortadas, y dispondrá de una capital unificada, Sarajevo, bajo control de la "Federación bosnio-croata".

En la realidad serán las *entidades federadas* las que disfrutarán de la mayoría de las atribuciones. Este hecho lo ilustra, por encima de cualquier otro, la decisión de preservar para esas dos entidades sendos ejércitos, sin que proyecto alguno apunte a la creación de un "ejército federal". A la "Federación bosnio-croata" y a la "República serbia" se les permitirá también el establecimiento de una "relación especial" con entidades externas, criterio que parece concebido con un objetivo: permitir que la parte de la Federación bajo estricto control croata y la propia "República serbia" determinen sus vínculos con los dos estados que les han servido de atracción política y militar en los últimos años: Croacia y Serbia.

Sobre el papel, la legislación de la república, y la de las entidades federadas, deberá ajustarse a fórmulas democráticas, y entre ellas las conducentes a la celebración de elecciones legislativas en toda Bosnia y al retorno de los refugiados. Al respecto se establecen, entre otras, dos garantías: el despliegue de un contingente de la OTAN —60.000 hombres, con significativa presencia norteamericana— y la puesta en marcha de importantes planes de reconstrucción económica.

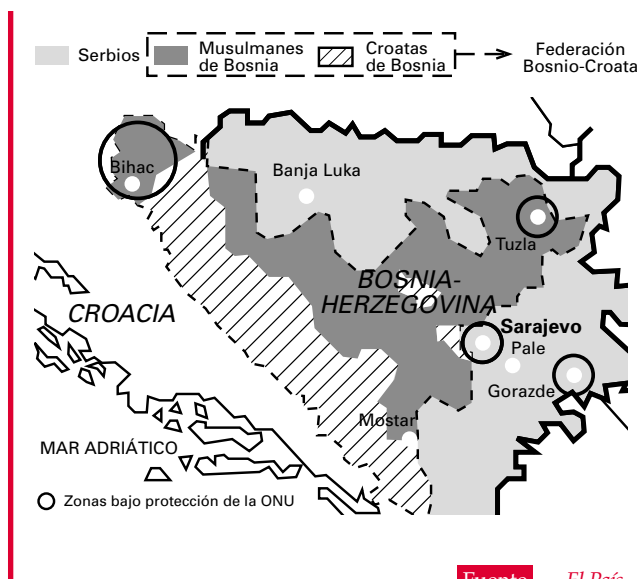
## 14 ¿Qué problemas concretos plantea el acuerdo de Dayton?

Son muchos los problemas que se manifiestan a través del acuerdo de Dayton. Aquí los resumiremos en diez.

■ El proceso de negociación ha exhibido vicios notables. A través de su respaldo a sucesivos planes, la comunidad internacional ha olvidado la existencia de un gobierno democráticamente electo, el bosnio, emplazado a la cabeza de un Estado internacionalmente reconocido; ha ensalzado el papel de presuntos criminales de guerra, y ha ratificado, en suma, el grueso de los resultados de las acciones militares. El proceso de negociaciones ha legitimado, en otras palabras, la *conquista de territorios por la fuerza* y la previa "limpieza étnica" de esos territorios. El hecho de que dos estados externos, Serbia y Croacia, hayan firmado el acuerdo de Dayton no es fácil de justificar, por lo demás, en términos legales.

■ Muchos problemas remiten a la estricta *viabilidad* del acuerdo. Aunque las declaraciones oficiales resaltan que lo firmado es inmodificable, ya se han hecho sentir opiniones que reclaman cambios en unos u otros aspectos. Mencionemos, por ejemplo, las sugerencias relativas a la preservación de un régimen especial para los mal llamados "barrios serbios" de Sarajevo o las que apuntan a la posibilidad de que no se produzca un despliegue efectivo de los contingentes internacionales en parte de la "República serbia".

Mapa 4 Acuerdo de Dayton



Fuente El País.

■ No están zanjadas algunas *discusiones territoriales*, como las relativas a Sarajevo, al corredor de Posavina o a la zona de Gorazde. El ardor que las partes firmantes han puesto en las discusiones sobre asignación de territorios refleja bien a las claras que son conscientes de la importancia de la cuestión: ¿a qué vienen tantas discusiones si lo único que se halla de por medio es una mera delimitación de fronteras "administrativas" entre las entidades integrantes de un Estado federal? La respuesta es obvia: los contendientes saben que en el futuro podrán ejercer un control férreo sobre los territorios que se les asignen, algo que por fuerza sitúa en el horizonte la posibilidad de la secesión de esos territorios.

■ El acuerdo de Dayton determina instituciones monoétnicas sólidas —las dos entidades federadas, y en particular la "República serbia", tienen una clara dimensión étnica—, al tiempo que enuncia *principios multiétnicos vaporosos*. No puede olvidarse que establece una organización territorial y unas estructuras políticas que incorporan en lugar central, y no precisamente con carácter provisional, el principio étnico.

■ Uno de los grandes problemas que se perfilan es el de los "gobiernos" de las entidades federadas y, singularmente, de nuevo, el de la "República serbia". ¿Quién en su sano juicio puede creer que el máximo dirigente serbobosnio, *Karadzic*, responsable de operaciones de "limpieza étnica", está llamado a convertirse en el tolerante y democrático gestor de la "parte serbia" de un Estado federal multiétnico y multicultural? Y la pregunta debe mantenerse aun cuando *Karadzic* se vea obligado a retirarse del escenario político y lo reemplace alguno de sus colaboradores más directos. La cuestión adquiere un especial relieve en relación con otro problema, el del retorno de los refugiados: éste es poco menos que impensable en un escenario en el que están llamadas a pervivir estructuras como las vinculadas con el "parlamento de Pale".

■ Ya hemos señalado que el Estado federal perfilado en Dayton no contará con uno de los aditamentos indispensables de un Estado, como son unas fuerzas armadas propias. Si la definición weberiana de Estado considera a éste la entidad que, en un territorio, se atribuye un monopolio en el ejercicio legítimo de la violencia, habrá que convenir que la Bosnia contemplada en el acuerdo no es un Estado. Resulta significativo, en particular, que se garantice la pervivencia

de unas *fuerzas armadas* propias de la “República serbia”, a la que no se impone ninguna disciplina militar derivada de las atribuciones del poder federal. Con este antecedente es difícil rehuir la tesis de que en Dayton se han ratificado los resultados de un intento, medio fallido, de golpe de Estado —el asestado por el “parlamento de Pale” en abril de 1992— y de una agresión exterior —la protagonizada por el ejército federal en las mismas fechas—.

■ Es ilustrativo que la OTAN, una de las instancias cuyo fracaso ha sido más notorio en la arena yugoslava, se convierta en el principal garante del acuerdo. Su autoasignación —o, lo que es casi lo mismo, la decisión norteamericana de atribuirle tal función— para semejante tarea remite de forma directa a un fracaso más, por si pocos hubiera, de la ONU y, en paralelo, a un papel marginal de una UE que ha vuelto a mostrar enormes divisiones. Éstas obligan a plantear, por cierto, el escaso crédito que merecen los compromisos contraídos, ahora como en los cuatro últimos años, por la comunidad internacional. Así las cosas, un horizonte de incumplimientos de lo acordado es perfectamente hacedero.

■ Del acuerdo de Dayton están llamados a derivarse dos procesos de innegable *importancia económica*. Uno es el progresivo levantamiento del embargo de armas impuesto años atrás sobre los contendientes. El otro es el negocio, porque no otra cosa parece vaya a ser, de la reconstrucción económica. En uno y otro caso está claro que son los urdidores del plan —las potencias occidentales—, y secundariamente la Federación Rusa, los grandes beneficiarios del nuevo entorno económico-militar.

■ Aunque está implícito en muchos de los argumentos esgrimidos, conviene recordar que el acuerdo de Dayton no hace justicia, en la medida en que reconoce a los agresores, y a sus proyectos etnicistas, parte de los activos derivados de sus apuestas militares. En ese mismo plano, no cierra en modo alguno el horizonte a una efectiva *partición étnica* de Bosnia. Estas circunstancias a buen seguro guardan relación con las firmas que los presidentes de Serbia y de Croacia han estampado en Dayton y París.

■ Superpuesto con el problema anterior está otro: el acuerdo de Dayton supone una manifiesta renuncia a encausar, por presunta responsabilidad en crímenes de guerra, a los dos presidentes que acabamos de mencionar. *Milosevic* y *Tudjman* difícilmente se sentarán ante el tribunal creado al efecto en La Haya. A duras penas cambiará, sin embargo, el panorama en los Balcanes occidentales en tanto en cuanto en Serbia y en Croacia pervivan regímenes como los actualmente existentes.

situación: de optar por la prolongación de la guerra se pondrían de manifiesto la debilidad de su posición militar y su paralela y conflictiva dependencia de unas fuerzas armadas, las croatas, cuyo compromiso con una Bosnia multiétnica es dudoso.

Aunque muchas paces injustas han ganado terreno, sobran los ejemplos, también, de lo contrario. El de lo ocurrido en Palestina en 1947-1948 —una realidad genéricamente semejante a la de Bosnia— es suficientemente ilustrativo del sinfín de problemas que quedan por resolver y de las enormes posibilidades de que la confrontación recupere su vigor. A la hora de examinar los aspectos más conflictivos hay que recordar, en primer lugar, los numerosos obstáculos, ya mencionados, que debe sortear la “Federación bosnio-croata”. La creciente tensión registrada en Mostar a principios de 1996 es ilustrativa al respecto.

Varios datos dispersos parecen apuntar, en segundo término, al horizonte de un *reparto de Bosnia* entre Serbia y Croacia. Por lo pronto, el presidente serbio ha realizado muchas concesiones que por fuerza han provocado una viva reacción en una opinión pública que hoy se pregunta para qué han servido cuatro años de guerra; lo anterior induce a la desconfianza con respecto al compromiso de Milosevic con los acuerdos que firma, y deja abierta la perspectiva de un nuevo reparto de papeles entre Belgrado y la “República serbia” de Bosnia. A los ojos de las potencias occidentales, Milosevic lleva camino de convertirse, por otra parte, en un hombre fuerte y respetado que pone orden y garantiza la estabilidad en una región conflictiva. Además, los cambios en las esferas de poder en Serbia y en Croacia han sido escasos, y ello pese a que no faltan datos —la extensión de la “insumisión” en el primer caso, el liviano éxito electoral de Tudjman en el otoño de 1995 en el segundo— que obligan a pensar que algo se mueve en la trastienda. Todas estas observaciones remiten, como es fácil comprobar, a problemas muy dispares que encuentran una común solución de la mano de una ecuación mágica: el reparto de Bosnia. Milosevic tranquilizaría a su opinión pública, el proyecto de Pale saldría adelante, Serbia y Croacia verían internacionalmente reconocido su papel de potencias regionales y, en fin, se mitigarían sensiblemente las demandas de cambio en las cúpulas de poder en Zagreb y en Belgrado. Aunque sólo fuera por todo ello —por los numerosos intereses que se verían satisfechos—, hay razones sobradas para concluir que el reparto de Bosnia está en la recámara del acuerdo de Dayton.

En un plano distinto, del lado del gobierno bosnio no puede olvidarse que en su seno operan tendencias, bien que hoy por hoy débiles, a una *islamización* de la política. Una lectura común del problema identifica divergencias entre dos figuras: mientras el presidente Izetbegovic se habría decantado por una concentración del poder en manos de su partido, el SDA, y por una apuesta cada vez más clara en provecho de un “Estado musulmán”, el primer ministro Silajdzic —que presentó su dimisión a principios de 1996— seguiría defendiendo con entereza una Bosnia multiétnica y multicultural. Aun así, ni Izetbegovic ha optado por la prohibición de la actividad de formaciones políticas vinculadas a otras comunidades étnicas, ni es necesario concluir que quienes apoyan a Silajdzic lo hacen porque respaldan un proyecto multiétnico. Más allá de lo anterior, no parece que los discursos monoétnicos hayan calado entre los habitantes de las ciudades. Serbios y croatas siguen residiendo con normalidad en Sarajevo o Tuzla, y no hay, en cambio, noticias de algo semejante en Banja Luka y Pale —en manos de las milicias serbias— o en el “sector croata” de Mostar. No está de más recordar, tampoco, que en la presidencia colectiva de la república de Bosnia están presentes dos musulmanes, dos serbios y dos croatas, que uno de los tres generales que ha defendido Sarajevo es un ciudadano serbio, que serbio es el embajador de Bosnia en París y que serbios son, en fin, muchos de los redactores

## 15 ¿Qué futuro se dibuja en Bosnia al amparo del acuerdo de Dayton?

Los problemas del acuerdo de Dayton se pueden resumir en uno: *enuncia retóricamente el principio de la integridad territorial* de Bosnia, pero el escaso vigor de éste queda reflejado en la ausencia de garantías al respecto y, sobre todo, en el reconocimiento, de hecho, de entidades étnicamente homogéneas. La supuesta firmeza militar exhibida en septiembre de 1995 por las potencias occidentales contrasta con el contenido del plan: quienes han sido aparentemente castigados en virtud de la primera bien pueden ser recompensados de resultados del segundo. El hecho de que el gobierno bosnio haya suscrito el acuerdo remite, por lo demás, a la precariedad de su

del diario *Oslobodjenje*, símbolo de la resistencia intelectual bosnia. Sigue siendo evidente, pues, que el gobierno de Sarajevo representa un proyecto mucho más abierto que los que se hacen valer en Serbia, en Croacia y en sus satélites en Bosnia.

Pese a todo lo anterior, no parece que lo acordado en Dayton sea un obstáculo significativo para eventuales tendencias “islamizadoras”, y tampoco puede descartarse que acabe por convertirse en un estímulo para el establecimiento, en la Bosnia de Izetbegovic, de un régimen de ribetes autoritarios. Por consiguiente, habrá que seguir con lupa el comportamiento del gobierno de Izetbegovic en relación, en particular, con las cuestiones vinculadas con la vertebración de una sociedad multiétnica y multicultural. En un plano distinto, no puede descartarse que el gobierno bosnio esté sopesando en estas horas una perspectiva, como es la de asumir una política semejante a la desplegada por Croacia tras su derrota militar en 1991: un progresivo *rearme* que, si las cosas no discurren como se desea, permita reabrir la dinámica bélica en condiciones mejores que las actuales. Para asumir semejante línea de acción razones no le faltarán, dicho sea de paso, al gobierno de Sarajevo. La principal es, claro, el propio acuerdo de Dayton, que en la mayor parte de sus tramos ilustra de manera cabal el vigor de un refrán castellano: “Dime de lo que presumes y te diré de lo que careces”.

## 16 ¿Cuál es la situación actual en Kosovo y Macedonia?

Kosovo y Macedonia son posibles escenarios de tensiones. La situación en *Kosovo* es muy delicada desde años atrás: las autoridades serbias —los nacionalistas serbios estiman que es en Kosovo donde, en 1389, surgió la nación serbia— han impuesto un auténtico estado de sitio del que es víctima la mayoría albanesa. El parlamento kosovar ha sido disuelto, mientras se prohibía la enseñanza en albanés y se abolía la condición de región autónoma; un activo movimiento de resistencia civil ha visto la luz, mientras, entre los albaneses. Sobre el papel se están produciendo subterráneas negociaciones entre las autoridades serbias y representantes albaneses, encaminadas a propiciar una eventual partición del territorio; en un sentido contrario, sin embargo, no faltan informaciones que auguran una nueva “limpieza étnica”, esta vez de albaneses, en el territorio de Kosovo, al tiempo que son muchos los datos que inducen a pensar que la tensión podría traducirse en agudos enfrentamientos.

En el caso de *Macedonia* parecen ser mayoría las fuerzas políticas serbias que consideran que la república es una creación artificial y que, en consecuencia, reclaman que su territorio se incorpore a la “gran Serbia”. Por su situación geográfica, Macedonia, que prácticamente carece de fuerzas armadas y que en modo alguno es una amenaza para los estados limítrofes, ha sido —y en cierta forma lo es todavía— la víctima principal del embargo internacional sobre Serbia y Montenegro. Por otra parte, la presión de Grecia, asentada en el irrisorio argumento de que Macedonia ha usurpado el nombre de una región griega, ha impedido durante varios años un reconocimiento internacional de la república, que por fin se ha abierto camino: aun así, las relaciones con Grecia no se hallan plenamente normalizadas. El gobierno macedonio, cuyo creciente autoritarismo es apuntado por numerosos analistas, debe encarar, en fin, las quejas de la minoría albanesa presente en la parte occidental de la república.

El riesgo de una extensión de la guerra a Kosovo y Macedonia se acompaña de otro: el de una abierta *internacionalización* de los conflictos yugoslavos. En el primero de esos territorios blanden intereses Serbia, Albania y Turquía, mientras en el segundo lo hacen Serbia, Albania, Grecia, Bulgaria y Turquía.

## 17 ¿Qué ocurre en el panorama político de Serbia y Croacia?

Tanto en Serbia como en Croacia, y bien que con rasgos diferentes, se han hecho sentir poderosas tendencias que reflejan el ascenso de un nacionalismo agresivo y de un *creciente autoritarismo*. En una y otra república los valores militares han imperado sobre cualesquiera otros, mientras los efectos de la guerra se hacían notar por doquier. El embargo internacional en el primer caso, y los reveses militares en el segundo, se vieron acompañados de una grave crisis económica, de tal suerte que los gobiernos —apoyados en este caso por parte de la oposición— se ocuparon de transmitir durante muchos meses un mensaje extremadamente agresivo.

El autoritarismo en ascenso en las dos repúblicas que nos ocupan ha tenido una secuela fundamental: ha puesto fin a la descentralización de antaño, circunstancia que puede traducirse en efectos muy graves en la medida en que dificulta la resolución de los conflictos en un escenario manifiestamente multiétnico. Mientras en Serbia han proliferado los casos de rechazo con respecto a los propios refugiados serbios procedentes de Bosnia, en Croacia han ganado terreno —ya nos hemos referido a lo ocurrido en la Krajina en agosto de 1995— nuevas operaciones de “limpieza étnica”. Por desgracia, apenas tienen fuerza los movimientos políticos que reflejan el peso de una “sociedad civil” resistente frente a las imposiciones gubernamentales. Tanto en Serbia como en Croacia la oposición democrática y dialogante es hoy débil (y ello pese a que en el segundo de esos países ha obtenido aceptables resultados en las elecciones generales celebradas en el otoño de 1995).

Muchos datos inducen a pensar que en Serbia y en Croacia pueden acabar por consolidarse fórmulas políticas similares, por muchos conceptos, a los fascismos de entreguerras: regímenes tendencialmente totalitarios que hacen de un concepto de superioridad étnica un elemento central de su vertebración y que parecen dispuestos a defenderlo dentro y fuera de sus fronteras.

## 18 ¿Qué papel ha desempeñado la comunidad internacional?

Los conflictos yugoslavos tienen una *raíz fundamentalmente endógena*: son viejas rencillas entre los pueblos y nuevos problemas entre las élites políticas los que han provocado el estallido reciente. Por ello, atribuir a la comunidad internacional, o a algunos de sus miembros, un papel de relieve en la gestación de los contenciosos yugoslavos parece excesivo. Naturalmente que hay que recordar, eso sí, que la crisis, y la posterior desaparición, del sistema y del bloque soviéticos algo tienen que ver con los conflictos yugoslavos: aunque en modo alguno son la causa de estos últimos, sí que

han proporcionado un entorno internacional en el que la manifestación de tensiones como las que nos ocupan era más factible.

La deriva posterior de los conflictos sí que ha implicado, sin embargo, cierto grado de influencia externa, que no le resta valor, pese a todo, al argumento inicial. No hay que olvidar que determinados comportamientos de los estados foráneos han tenido efectos de relieve. El rechazo de una solución confederal, en 1990 y en 1991, fue un lamentable error de una Comunidad Europea empeñada en preservar las fronteras y los estados derivados de la segunda guerra mundial, como lo fueron algunos de los términos de la política alemana —evidentemente guiada por intereses muy específicos—, o como lo ha sido a la postre el apoyo indiscriminado ofrecido a los diferentes planes sobre Bosnia. Aparte todo lo anterior, la diferencia en la actitud, y en los movimientos, que la ONU ha exhibido en relación con las sucesivas crisis, y la adoptada en el pasado en lo que respecta al conflicto del Golfo, es palmaria, como lo es el plegamiento que el máximo organismo internacional demuestra para con los intereses de las grandes potencias.

El comportamiento de la *Unión Europea* ha sido bien gráfico. Claramente superada por los acontecimientos, dividida en cuanto a las opiniones y dependiente en muchos casos de las peculiaridades de cada uno de sus miembros, la UE no ha dudado en respaldar ostentosas conculcaciones del derecho de autodeterminación y ha reaccionado siempre de manera tardía al uso de la fuerza. La práctica pacífica de la fórmula referendaria no consiguió, por lo demás, lo que sí lograron unas semanas de sangriento conflicto bélico: el reconocimiento de la independencia de algunas repúblicas. La UE ha sido rehén, en fin, de intereses particulares, como los blandidos por Alemania en los casos de Eslovenia y Croacia —ya nos hemos referido a ello—, o por Grecia en el de Macedonia. Sean cuales sean las opiniones, es innegable que ha existido cualquier cosa menos una política común dispuesta a hacer valer consensos y principios.

Pese a las apariencias, no son diferentes las cosas que pueden decirse con respecto a la política norteamericana. Supuestamente más inclinados a defender principios y derechos, en realidad *los EE.UU.*, inmersos en 1995 en la vorágine preelectoral, ni siquiera han garantizado la integridad territorial de Bosnia. Mientras, la *Federación Rusa* poco más ha hecho que ratificar viejas tendencias históricas que la aproximaban a Serbia. La “serbiofilia” permea todas las corrientes políticas en Rusia, y no sólo aquellas que se ha dado en identificar como “conservadoras” o “ultranacionalistas”.

Por momentos se hace evidente, entre tanto, que la vieja Yugoslavia no es una zona de interés especial para ninguna de las potencias. Difuminado el conflicto Este-Oeste, su relativo atractivo de antaño se ha diluido también. No existen, por otra parte, riquezas naturales que aconsejen la adopción de medidas correctoras drásticas, como las desplegadas frente a Irak en 1991. El coste en vidas humanas que una operación militar en Bosnia reclamaba parecía excesivo a la luz de los intereses en juego, en un escenario en el que —digámoslo una vez más— los principios apenas contaban.

No se puede olvidar, sin embargo, lo que la comunidad internacional ha hecho tras sentar en la mesa de negociación, primero, a auténticos criminales de guerra, para a continuación limitarse a aceptar muchos de sus argumentos. Las tesis esgrimidas por los negociadores serbios —y otro tanto podría decirse de los croatas— se han caracterizado por la dramática invocación de los argumentos más dispares: si en la Krajina lo que valía era una notoria presencia demográfica, en Kosovo se blandía el peso histórico de una región en la que el nacionalismo serbio ascendente veía su propio origen, en Bosnia se invocaba un lejano

catastro que al parecer otorgaba a los serbios la posesión de un 60% de las tierras y... en Eslavonia se recordaba, escuetamente, que las milicias serbias habían ganado la guerra. Como es fácil colegir, ninguno de estos argumentos tiene que ver con la democracia o con los principios del derecho internacional.

## 19 ¿Qué sentido tenía invocar una intervención internacional en Bosnia?

Sabido es que en los escenarios posyugoslavos no se ha producido una intervención internacional en regla, y ello pese a que esa perspectiva estaba en labios de muchos. Durante meses la mayoría de los datos referidos a las actitudes de la comunidad internacional han apuntado a una *contradicción*: mientras las declaraciones oficiales daban cuenta de una intervención militar que se anunciaba inmediata, en los hechos las potencias mostraban una reticencia general a llevar adelante sus compromisos. La consecuencia era clara: la comunidad internacional más bien optaba por poner parches —embargo contra Serbia y Montenegro, los propios planes de paz— en el proceso de enfrentamiento-negociación. Esos parches reflejaban la voluntad de buscar fórmulas que, aun sin resolver cuestión crucial alguna, hiciesen creer que la comunidad internacional estaba tomando cartas en el asunto con seriedad.

Por lo demás, la cuestión de la intervención planteaba un sinfín de problemas, y ello aun cuando era fácil convenir que había modalidades de intervención preferibles a algunas actitudes no intervencionistas. No podían olvidarse, sin embargo, las enormes limitaciones, y los riesgos, que exhiben siempre las soluciones estrictamente militares. Al margen de ello, quienes reclamaban abiertamente una intervención militar rara vez se tomaban la molestia de explicar en detalle qué es lo que entendían por tal, cuáles eran los medios y los objetivos invocados, y qué instancia o instancias debían correr a cargo de la iniciativa. En muchos casos su querencia por la intervención no se derivaba, como a primera vista podía parecer, de la identificación de responsabilidades dispares entre las partes enfrentadas; muy al contrario, a menudo los adalides de la intervención aceptaban de buen grado la simplista tesis de que, en el caso de Bosnia, no había sino un enfrentamiento entre tribus descarriadas a las que había que separar.

Entre quienes, en cambio, apreciaban la disparidad de las situaciones, y la necesidad consiguiente de acudir en socorro de quienes habían apostado por la convivencia, probablemente no eran muchos los que rechazaban de plano una intervención que se saldase con el menor coste de vidas, restaurase el orden de cosas primitivo, invirtiese los resultados de las conquistas territoriales y permitiese el retorno de la población a sus hogares. Pero parece evidente que la comunidad internacional en momento alguno concibió una intervención ajustada a esos términos. Muy al contrario, dio muestras, en repetidas ocasiones, de una visible voluntad de aceptar las componendas más lamentables. Así las cosas, la intervención no garantizaba —lo han demostrado los procesos paralelos a los bombardeos asumidos por la OTAN en el verano de 1995— en modo alguno la resolución de los problemas de fondo. El hecho de que la comunidad internacional haya respaldado, mal que bien, las propuestas de partición de Bosnia ilustra de manera cabal las limitaciones de la posición, en particular, del “grupo de contacto”.

## 20 ¿Qué problemas plantean los refugiados?

Uno de los hechos que singularizan los conflictos yugoslavos es la falta de preocupación que muchos de los combatientes han demostrado en lo que respecta al destino de los civiles afectados por los enfrentamientos. Aunque éstos puedan cesar, es difícil que a corto y medio plazo se solventen los efectos de las políticas de “limpieza étnica” aplicadas. Al margen de las víctimas mortales, el principal de esos efectos ha sido un masivo caudal de refugiados, que a mediados de 1995 podía evaluarse en unos cuatro millones de personas. La conflictividad del verano de ese año en Croacia y en Bosnia parecía llamada, de cualquier modo, a acrecentar la cifra anterior. La situación en los distintos espacios geográficos se puede resumir de la manera que sigue.

■ A mediados de 1994, ACNUR identificaba un total de 530.000 desplazados presentes en *Croacia* (otras fuentes hablaban de 670.000). Buena parte de estos refugiados procedían de la *Krajina* y *Eslavonia*; la mayoría de los restantes habían llegado de Bosnia. El problema de los refugiados se sumaba a una delicada situación económica, pronto traducida en restricciones severísimas a la inmigración bosnia. La ayuda internacional, entre tanto, seguía siendo insuficiente, en un escenario en el que había crecido la tensión entre la población local y los refugiados.

En el verano de 1995 algunos de los datos mencionados se han alterado. Por lo pronto, varias decenas de miles de desplazados de la *Krajina* parecen haber retornado a los hogares de los que fueron expulsados en 1991. En septiembre el gobierno de Zagreb anunciaba su decisión de “trasladar” a 100.000 refugiados bosnios a las tierras de Bosnia central que las milicias croatas habían ocupado.

■ En el verano de 1994 se estimaba en unos 600.000 el número de refugiados presentes en *Serbia* o en territorios controlados por milicias serbias. Más de la mitad procedían de Bosnia, y unos 215.000 de Croacia. Dos hechos hacían diferente la situación serbia de la croata. Por lo pronto, un número indeterminado de los refugiados serbios estaban siendo utilizados para “repoblar” zonas “limpiadas” en Croacia y en Bosnia. En segundo lugar, las tensiones que suscitaban los refugiados eran menores que las que se registraban en Croacia (o al menos lo fueron hasta que cambió la política de Belgrado con respecto a Bosnia).

Los sucesos del verano de 1995 se han traducido, en este caso, en un nuevo caudal de refugiados: unos 50.000 procedentes de la *Krajina* recuperada por el ejército croata y unos 100.000 que abandonaron Bosnia central. Las cosas así, es probable que el número total de refugiados presentes en Serbia, o en territorios controlados por milicias serbias, haya ascendido, en el otoño de 1995, a unos 750.000.

■ ACNUR cifró en 2.775.000 el número de personas que, presentes en *Bosnia* en el verano de 1994, se habían visto obligadas, antes, a abandonar sus hogares. Muchos de esos refugiados se arracimaban en Sarajevo o en los alrededores de ciudades que, como Bihac o Tuzla, estaban sometidas a graves riesgos militares. Como ya hemos apuntado, muchos refugiados bosnios habían encontrado cobijo en Croacia o se habían trasladado a otros países europeos. En el caso de Bosnia no tiene sentido referirse a problemas económicos: la guerra, con sus efectos devastadores, era el principal problema. La ayuda internacional seguía siendo insuficiente, tanto más cuanto que las fronteras de Bosnia con Croacia estaban casi cerradas y las perspectivas de acogida lejos de la antigua Yugoslavia eran escasas.

En el caso de Bosnia se han hecho sentir en 1995 varios hechos. Por un lado, la ocupación, por milicias serbias, de Srebrenica y Zepa se tradujo en un incremento significativo —acaso 50.000 personas— en el número de refugiados. Por el otro, la decisión del gobierno croata en el sentido de trasladar a Bosnia central a unos 100.000 refugiados está llamada a acrecentar, también, el número de éstos.

■ Esporádicamente se hacen sentir informaciones que hablan de operaciones de “limpieza étnica” en la *Vojvodina* y *Kosovo*. En la *Vojvodina* se ha hablado de desplazamientos forzados de las minorías húngara y croata, mientras que en Kosovo se ha identificado el traslado de albaneses a la vecina Macedonia. Tampoco han faltado rumores sobre operaciones similares en la región de Sandzak, en Serbia. Conviene reseñar, en fin, que en Macedonia encontraron cobijo unos 50.000 refugiados, en su mayoría musulmanes de Bosnia.

■ Según datos de ACNUR, a mediados de 1994 habían encontrado asilo, lejos de las fronteras de la vieja Yugoslavia, unas 740.000 personas. De ellas, unas 400.000 —cifra en proceso de reducción— vivían en Alemania. España había acogido sólo a unos 3.500.

## 21 ¿Qué niveles ha alcanzado el comercio de armas?

Los conflictos yugoslavos no han reclamado, como otros, una formidable expansión del comercio internacional de armas. Ello ha sido así, ante todo, por una razón: la parte más poderosa —las milicias serbias que han operado en Croacia y Bosnia— ha heredado en los hechos los arsenales correspondientes al ejército federal yugoslavo, la cuarta fuerza armada del continente europeo tras los ejércitos soviético, francés y británico. A partir de 1991 se verificó una auténtica “serbianización” del ejército yugoslavo, en cuya cúpula desaparecieron los militares “yugoslavistas”, renuentes al empleo de las unidades federales en la “resolución” de conflictos entre repúblicas. El esfuerzo que las autoridades serbias han realizado para mantener en pie la ficción de una Federación Yugoslava integrada por Serbia y Montenegro alguna relación guarda, por cierto, con el designio de mantener tranquilos a muchos de esos militares “yugoslavistas”, que ven con malos ojos el reseñado proceso de serbianización.

Al margen de lo anterior es innegable, sin embargo, que todas las partes contendientes han adquirido armas en el exterior. Ello ha sido singularmente evidente en el caso de Croacia, lo fue en el de Serbia hasta que el embargo internacional se estrechó, y ha empezado a ser una realidad en 1994 en el caso de Bosnia, que en virtud de procedimientos distintos ha conseguido acceder a numerosas armas ligeras. Al menos cincuenta países han vendido armas a uno o varios de los contendientes.

Pese a que las transacciones no han alcanzado la magnitud de otros conflictos, no podemos olvidar el papel central que la *lógica militar* ha asumido en los últimos años en la arena yugoslava. Significativo es, por ejemplo, que los máximos dirigentes serbios y croatas en Bosnia sean, en los hechos, auténticos caudillos paramilitares. Hay que recordar, de cualquier modo, que no han faltado apuestas consistentes por otro tipo de comportamientos. Mencionemos los tres casos más significados. El primero no es otro que la ya citada desmilitarización avalada en 1991 por el gobierno de Bosnia al renunciar a las unidades de defensa territorial que se hallaban bajo su mando. El segundo es el movimiento de

desobediencia civil no violenta protagonizado en Kosovo, desde un lustro atrás, por la mayoría albanesa. El tercero lo configura la resistencia a la conscripción que han demostrado decenas de miles de ciudadanos serbios y montenegrinos; por cierto que la UE se ha negado a reconocer la condición de refugiados políticos a los “insumisos” procedentes de Serbia y Montenegro.

## 22 ¿Por qué los movimientos por la paz, y la izquierda en general, han reaccionado tarde y mal?

En el caso de los *movimientos por la paz* se han hecho sentir, al menos, dos circunstancias. La primera no es otra que la crisis que esos movimientos atravesaban *desde antes* del estallido de los conflictos: la desmovilización era un dato innegable desde que, a finales de los ochenta, las negociaciones de control de armamentos experimentaron un significativo giro. Esto aparte, la naturaleza de los conflictos yugoslavos, y la imposibilidad de encasillarlos en el esquema clásico del enfrentamiento entre bloques, hizo que los movimientos por la paz topasen con tareas “teóricas” arduas. Tardaron en tomar conciencia, además, de algo que hoy parece evidente: el hecho de que los EE.UU. no fuesen, durante largo tiempo, parte significativa en los conflictos en modo alguno justifica la inacción de unos movimientos, los pacifistas, cuya presencia y propuestas son particularmente necesarias en crisis como las yugoslavas.

En el caso de la *izquierda* entendida en un sentido más general, hay que recordar que ha encontrado grandes dificultades para encarar los acontecimientos registrados en la Europa central y oriental. En muchos casos sus representantes han reflejado, por lo demás, una inequívoca adhesión al mantenimiento de los estados realmente existentes; en los hechos esta circunstancia ha propiciado que respaldasen, aun sin quererlo, la política de las autoridades serbias, y que rechazasen lo que de racional había en la reacción de las repúblicas secesionistas. Tampoco han faltado en la izquierda fuerzas políticas que han asumido, de manera acrítica, una visión manifiestamente descarriada: la que invitaba a concluir que en los conflictos yugoslavos había una colisión entre una república comprometida con un proyecto de justicia y de solidaridad —Serbia— y un conjunto de caprichosos estados separatistas que reflejaban el ascenso del capitalismo más duro y de las fórmulas más severas de autoritarismo.

La certificación de que es precisamente en Serbia —y también en Croacia, claro— en donde ha cobrado cuerpo un sistema político muy próximo al fascismo ha tardado en abrirse camino en una parte de la izquierda. Más allá de los factores mencionados, parece que el grueso de la izquierda ha tenido graves problemas para ordenar los datos que llegaban de Yugoslavia y que, en particular, se ha tomado su tiempo para establecer una relación entre lo acaecido en Serbia entre 1986 y 1991 y los acontecimientos que cobraron cuerpo a partir del último año. Buena parte de la izquierda sigue ignorando, en fin, que en Bosnia está en juego el proyecto de mestizaje en todo el continente europeo: si se legitima en Bosnia la aparición de estados étnicamente homogéneos, habrá que prepararse para hacer lo propio en otros escenarios. Más allá de ello, no es preciso agregar que el concepto de “Estado étnicamente homogéneo” nada tiene que ver con una concepción emancipadora.

Hoy la tarea de los movimientos pacifistas, y de la izquierda en general, acaso tiene que cifrarse en un objetivo:

sentar las bases para que una auténtica cultura de paz se abra camino e impida que en el futuro reaparezcan las tensiones que se hicieron notar durante la segunda guerra mundial y se han hecho sentir en los últimos años. Buena parte de las ideas de los movimientos por la paz de las seis repúblicas de la antigua Yugoslavia, y del resto del continente europeo, se plasmaron en su momento en una iniciativa independiente: el *Foro de Verona*. Entre los principios cuyo respeto exigió el Foro se contaban los siguientes:

- El establecimiento de un alto el fuego inmediato, acompañado de la retirada y, en su caso, la destrucción de las armas implicadas.
- El no reconocimiento de cambio alguno, operado por medio de la violencia, en las fronteras prebélicas de las diferentes repúblicas, siempre sobre la base del rechazo de aquellas ideologías que propugnen la configuración de estados étnicamente puros.
- La garantía del respeto de los derechos humanos, y la persecución de las personas que hayan cometido crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad.
- La creación de un foro internacional para la reconciliación, con el concurso de las fuerzas civiles y democráticas; deben ser esas fuerzas, y no los señores de la guerra, las que decidan el futuro de sus países.
- La constitución de un fondo internacional para la reconstrucción, con el acrecentamiento paralelo del papel de los actores civiles locales encargados de proporcionar ayuda humanitaria.
- El apoyo al desarrollo de medios de comunicación independientes en todas las repúblicas.

## 23 ¿Qué explicaciones ha esgrimido cierta izquierda para dar cuenta de los conflictos yugoslavos?

Si hay que subrayar un rasgo en la visión de los conflictos yugoslavos que se ha impuesto en cierta izquierda, ése no es otro que la búsqueda de explicaciones mágicas. Éstas, sin pretensión alguna de encarar la naturaleza real de los conflictos, permitían resolver rápidamente, sin embargo, los problemas y acallar la mala conciencia que aquéllos suscitaban. Mencionemos algunas de esas explicaciones.

■ La primera es la que conduce a una visible *idealización del Estado federal yugoslavo*, al que repentinamente se le despoja de todos los aditamentos negativos que a los ojos de muchos lo cubrían en el pasado. Si además se interpreta que Milosevic ha sido el genuino defensor de ese Estado federal, nadie se atreverá a poner en duda que la entidad política existente hasta 1991 era preferible a guerras, “limpiezas étnicas” y regímenes autoritarios por doquier. El problema, claro, es doble: si por un lado el Estado federal titista no era un dechado de perfecciones, por el otro, y esto es más importante, en la actitud de las autoridades serbias no ha habido en momento alguno un esfuerzo para preservarlo. Muy al contrario, la política de Milosevic fue, desde su inicio, una flagrante agresión a todas las reglas del juego vertebradoras del Estado titista.

■ Un segundo argumento mágico atribuye la responsabilidad central de los desastres contemporáneos al *Fondo Monetario Internacional* (FMI). Nada más sencillo que volcar las culpas sobre la institución que ejemplifica con mayor cla-

ridad los desmanes del capitalismo mundial. Pero, de nuevo, el argumento es débil. En primer lugar, los efectos de las políticas del FMI en el caso yugoslavo fueron sensiblemente menores que lo que el argumento exigiría. En segundo término, el FMI —guiado por una prosaica razón: garantizar el pago de la deuda— apostó hasta el final por la preservación del Estado federal. En tercer lugar, resulta trabajosa, y a la postre inútil, la búsqueda de un nexo entre las decisiones del FMI y la política de las autoridades serbias: esta última obedecía, con toda evidencia, a razones estrechamente vinculadas con el magma ideológico del nacionalismo serbio.

■ En la misma estela de la anterior se sitúa otra tesis por la que ya nos hemos interesado: la que atribuye a *Alemania*, y al Vaticano, un papel decisivo en el desmembramiento de Yugoslavia. Esta visión olvida, de nuevo, los efectos de la política desplegada por las autoridades serbias, una política que le vino como anillo al dedo a Alemania. Así las cosas, hay que descartar también esta explicación, que una vez más coloca en el centro a un poder internacional claramente connotado como representativo de los intereses más abyectos del capitalismo.

■ Una cuarta explicación mágica, ésta en franco retroceso, pretende analizar los conflictos en clave de gran confrontación ideológica: en ellos se habría hecho valer un coletazo más de la colisión entre *capitalismo* y *comunismo*. Semejante visión se basa, ante todo, en una candorosa lectura de la condición de los dirigentes serbios, a quienes se identifica con un proyecto “comunista”. Las enormes dificultades para justificar tal lectura se han traducido a la postre en un retroceso de esta interpretación, que sin embargo se ve episódicamente fortalecida por la aplicación de esquemas mentales del tipo “los enemigos de mis enemigos son mis amigos”: si los EE.UU. han plantado cara en más de una ocasión al gobierno serbio, algo bueno habrá hecho éste y de algún apoyo se hará acreedor. La visión ideológica que nos ocupa sólo la mantienen algunos sectores recalcitrantes del “comunismo tercera internacional” y los pies de foto en las páginas de huecograbado del diario *ABC*, empeñados en recordar que quienes asediaban Sarajevo eran “los comunistas serbios”.

■ La quinta y última explicación remite, sin más, a un principio al parecer incontestable para muchos: los conflictos yugoslavos, como todos los que en el mundo hay, son producto de la macabra planificación de la *triada capitalista* mundial, se insertan a la perfección en el nuevo orden internacional auspiciado por los EE.UU. y en su caso forman parte de un ambicioso experimento encaminado a solidificar los cimientos del edificio imperialista. Semejante visión de las cosas, aunque algo tiene que ver, por fuerza, con la realidad, no parece tomarse la molestia de explicar hecho concreto alguno. Más allá de lo anterior, tiene un significativo y doble efecto —de exaltación de las capacidades de los grandes centros de poder, por un lado, y de exculpación de los responsables locales, por el otro— que aconseja desconfiar del vigor explicatorio de la tesis. Por lo demás, su carácter mágico se fundamenta en su comodidad: no obliga a realizar ningún análisis concreto, ya que todo está previsto y atribuido desde el principio.

que la vieja Yugoslavia. Desde el inicio de las crisis el gobierno español ha ido siempre a remolque y ha sumado sus esfuerzos al creciente caudal de miseria desplegado por la comunidad internacional.

Cuando, a finales de los ochenta, los conflictos yugoslavos estaban en ciernes, la política española se vio marcada por el peso de viejas *inercias*. España fue uno más de los estados de la Comunidad Europea que rechazó la que a muchos se antojaba la única salida para una crisis en franco progreso: una confederación. El gobierno español se aferró al contenido del Acta Final de la Conferencia de Helsinki y, con ella, identificó sin más aparición de nuevos estados e inestabilidad. En la misma línea, nuestros gobernantes acogieron con recelo infinito, en 1991, las declaraciones de independencia de Eslovenia y de Croacia. En ningún momento las analizaron por sí mismas: prefirieron subordinarlas a una lectura interna que avisaba sobre eventuales imitaciones en Cataluña, Euskadi o Galicia. El beneficiario de tantas cautelas no podía ser otro que la potencia que había roto el Estado federal: Serbia. Ninguno de nuestros responsables había caído en la cuenta del significado de la abolición de la condición autónoma de que disfrutaban Kosovo y la Vojvodina.

Más adelante, y cuando la guerra en Croacia y en Bosnia era ya un hecho, se hizo patente que el gobierno español iba a remolque de los criterios de otras potencias. El primer signo de esa línea de *imitación* fue el respaldo a la aplicación de un doble embargo: si el primero, largos meses irrisorio, se ejercía sobre Serbia y Montenegro, el segundo, más firme, tenía por víctima al gobierno legítimo de Bosnia, privado de la posibilidad de adquirir armas. El beneficiario evidente de esta segunda medida eran, de nuevo, las autoridades serbias. Junto a los embargos, el gobierno español tomó la decisión de aportar un contingente de “casco azul”. A su amparo se hacía sentir la necesidad de un doble lavado: el de la mala conciencia acumulada y el de la imagen, visiblemente deteriorada, de un cuerpo militar. Con el paso del tiempo el gobierno español pareció concentrar sus esfuerzos en convencer a la opinión pública de que el principal de los problemas que se hacían sentir en la arena bosnia era el de nuestros “casco azul”. “Limpiezas étnicas”, crímenes de guerra y bombardeos impunes de ciudades pasaban a un segundo término para muchos medios de comunicación.

Los embargos y el despliegue de los “casco azul” obedecían, de cualquier modo, a criterios asumidos de forma conjunta por un buen número de países. No puede decirse lo mismo, en cambio, de otros términos de la política española en los que era visible el influjo de decisiones unilaterales, como la que condujo a Alemania a reconocer a Croacia y a Eslovenia. No parece que en la posterior rúbrica española pesase un ápice la idea de que Croacia era la víctima de una visible agresión, y sí, y simplemente, las presiones derivadas del ejemplo germano. Más adelante, el gobierno español se plegó durante meses a los impresentables obstáculos impuestos por Grecia a la normalización de las relaciones de Macedonia.

Pero lo más importante es el hecho de que el gobierno español ha sido uno de los apoyos más firmes de los sucesivos planes que han visto la luz en relación con Bosnia: respaldó miméticamente el plan Vance-Owen, hizo lo propio con el primer plan de partición, repitió la jugada con el plan del grupo de contacto y apoyó su posterior revisión en Dayton. En todos los casos cerró los ojos ante lo que se antojaba una legitimación de la conquista de territorios por la fuerza y de la previa “limpieza étnica” de esos territorios. En su momento fue uno de los impulsores, por añadidura, del plan que comprometía a la ONU en la defensa de varios enclaves bosnios; sabidos son los incumplimientos, sistemáticos, de sus cláusulas. Si nuestro gobierno prefirió guardar un prudente silencio, en suma, cuando en 1993 Croacia apostó a las claras, también, por el reparto del pastel bosnio, ahora parece seducido por la imagen moderada que ofrece el régimen de Milosevic.

## 24 ¿Qué ha hecho el gobierno español en relación con los conflictos yugoslavos?

Que el gobierno español carece de una política exterior propia es un hecho evidente. Ningún escenario lo ilustra mejor

Dejados atrás los estadios de la inercia y de la imitación, la diplomacia española ha asumido, en fin, la vía de la *trampa*. Para ello se ha servido de un visible corrimiento de opiniones, y hoy parece defender también la idea de que en el escenario bosnio las responsabilidades de los diferentes contendientes son parejas. Para justificar una pasividad de años, el gobierno español ha preferido alterar la descripción de los hechos y presentar como igualmente responsables a agresores y agredidos. Al fin y al cabo, lo anterior no es sino una de las muchas consecuencias de la absoluta primacía de los intereses sobre los principios.

## 25 ¿Cuál es el futuro previsible en los Balcanes occidentales?

En el escenario bosnio de estas horas, y en todos los escenarios posyugoslavos, no hay —o no lo ha habido, al menos, durante largos meses— un enfrentamiento entre comunidades étnicas. No han entrado en colisión, como a primera vista puede parecer, musulmanes, serbios y croatas, sino que lo han hecho *dos proyectos*: uno de convivencia multiétnica y otro de imposiciones y exclusivismos. Nunca se subrayará lo suficiente que en la defensa de Sarajevo, principal símbolo del primero de esos proyectos, han colaborado codo con codo musulmanes, serbios y croatas. Tanto en Serbia como en Croacia, y bien que con rasgos diferentes, se han hecho sentir, entre tanto, poderosas tendencias que reflejan, ya lo hemos dicho, el ascenso de un nacionalismo agresivo y de un creciente autoritarismo. Si en el primero de los casos Milosevic se apresta a salirse con la suya ante una comunidad internacional cuya ceguera no tiene límites, en el segundo Tudjman, beneficiado por su inicial imagen de parte agraviada, parece dispuesto a cerrar, sin castigo, su imponente aventura bosnia y ha conseguido acallar las tímidas protestas por la “limpieza étnica” practicada en la Krajina en agosto de 1995.

Más allá de lo anterior, que es con mucho lo principal, en los restos del Estado federal yugoslavo parece inevitable la figuración de *varios estados independientes*, si bien no es sencillo establecer cuál será su número y cuál su grado de consolidación. Aunque tres de ellos —Serbia, Croacia y Eslovenia— parecen más o menos consolidados, el futuro de los restantes es incierto: en modo alguno resulta impensable, por ejemplo, que el territorio de Bosnia, o partes del mismo, acabe sumándose a la “gran Serbia” o a la “gran Croacia”. Kosovo bien puede ser escenario de un nuevo conflicto bélico en el que se dirima su pertenencia a Serbia o su derecho a una autodeterminación que podría conducir a la integración en Albania. Macedonia, por su parte, parece haber avanzado en su configuración como Estado independiente, aun cuando está rodeada de potencias hostiles. La propia entidad de Montenegro —inmerso en una alianza con la todopoderosa Serbia— está en cuestión.

En su estadio de principios de los años noventa, los conflictos yugoslavos remiten a una portentosa *reaparición de la historia*: es significativo que los grandes bloques que se dibujaban a principios del siglo XX permanezcan hoy inalterados. Como entonces, nos encontramos con un bloque occidentalista y católico —que discurre desde Alemania, a través de Austria, hasta Eslovenia y Croacia—, con otro eslavófilo y ortodoxo —que aúna a Rusia, Serbia y, por distintas razones, a Grecia— y con un tercero orientalizador y musulmán —en él se cuentan, con diferentes intensidades, Bosnia, Albania, Kosovo, Macedonia y Turquía—. Ninguna de las alianzas, y de las oposiciones, del pasado se ha visto alterada al cabo de casi un siglo, y ello pese a guerras mundiales, colisiones entre bloques, industrializaciones y socialismos reales.

No puede olvidarse, de cualquier modo, que junto a incertidumbres y viejas alianzas consolidadas, no faltan datos que apuntan a la reconstrucción civilizada de viejos lazos. La federación vigente hasta 1991 no era tan artificial como algunos análisis subrayan: en ella existían evidentes nexos de historia común, como existía una lengua —el serbocroata— compartida por un 70% de los habitantes. Con estos antecedentes, el proyecto desechado en su momento, una confederación, podría venturosamente recobrar el vuelo. Hay quien ha sugerido, también, que el grado de crueldad que han alcanzado, en diversos momentos, las tensiones bélicas en los Balcanes occidentales sólo tiene parangón con la repentina capacidad que los pueblos enfrentados han demostrado a la hora de acometer una reanudación de sus relaciones. Entre tanto, si se anda a la caza de poderosos signos de civilización, hay que volver la vista hacia ese ejemplo de convivencia que ha sido durante siglos la ciudad de Sarajevo, como hay que recordar el no menos sugerente ejemplo de desobediencia civil que protagonizan, desde hace un lustro, los albaneses de Kosovo. Ojalá quienes han asumido, en Serbia como en Croacia, la vía de la insumisión frente al totalitarismo y la xenofobia en ascenso hagan oír su voz con fuerza en las calles de Belgrado y de Zagreb.

### BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV., “Yugoslavia rota”, en nº monográfico de *Cuadernos del Este* (nº 5, 1992).
- AA.VV., “Une autre Serbie”, en nº monográfico de *Les temps modernes* (nº 570-571, enero-febrero de 1994).
- AA.VV., “Los Balcanes”, en nº monográfico de *Debats* (nº 48, junio de 1994).
- Akhavam, P. y R. Howse (dirs.), *Yugoslavia, the former and future* (The Brookings Institution, Washington, 1995).
- Ali, R. y L. Lifschultz, *Why Bosnia?* (Pamphleteer’s Press, Londres, 1993).
- Bennett, C., *Yugoslavia’s bloody collapse* (Hurst, Londres, 1995).
- Darby, H.C. y otros, *Breve historia de Yugoslavia* (Espasa Calpe, Madrid, 1992).
- Denitch, B., *Ethnic nationalism* (University of Minnesota, Minneapolis, 1994).
- Diego, E. de, *La desintegración de Yugoslavia* (Actas, Madrid, 1993).
- Donia, R.F. y J.V.A. Fine, Jr., *Bosnia and Herzegovina* (Hurst, Londres, 1994).
- Dragnich, A.N., *Serbs and croats* (Harvest, San Diego, 1992).
- Féron, B., *Yugoslavia. Orígenes de un conflicto* (Salvat, Barcelona, 1995).
- Garde, P., *Vie et mort de la Yougoslavie* (Fayard, París, 1992).
- Garrido, L.F., *Diario de Yugoslavia* (VOSA, Madrid, 1992).
- Gil Pecharrmán, J., “El conflicto yugoslavo”, en *Cuadernos del mundo actual* (nº 96, Historia 16, Madrid, 1995).
- Goytisoló, J., *Cuaderno de Sarajevo* (El País-Aguilar, Madrid, 1993).
- Julliard, J., *El fascismo que viene* (Acento, Madrid, 1994).
- Lechado, J.C. y C. Taibo, *Los conflictos yugoslavos* (Fundamentos, Madrid, 1995).
- Magas, B., *The destruction of Yugoslavia* (Verso, Londres, 1993).
- Poulton, H., *Balkans* (Minority Rights, Londres, 1991).
- Rieff, D., *Slaughterhouse. Bosnia and the failure of the West* (Vintage, Londres, 1995).
- Samary, C., *La fragmentación de Yugoslavia* (Talasa, Madrid, 1993).
- Thompson, M., *The Ending of Yugoslavia* (Vintage, Londres, 1992).
- Veiga, F., *La trampa balcánica* (Grijalbo, Barcelona, 1995).

Carlos Taibo, *Veinticinco preguntas sobre los conflictos yugoslavos*, Cuadernos Bakeaz, nº extraordinario, mayo de 1996.  
(edición revisada y actualizada de: Carlos Taibo, *Quince preguntas sobre los conflictos yugoslavos*, Cuadernos Bakeaz, nº 1, enero de 1994)  
© Carlos Taibo, 1996; © Bakeaz, 1996

*Las opiniones expresadas en estos trabajos no coinciden necesariamente con las de Bakeaz.*

**Cuadernos Bakeaz** es una publicación monográfica, bimestral, realizada por personas vinculadas a nuestro centro o colaboradores del mismo. Aborda temas relativos a economía de la defensa, políticas de seguridad, educación para la paz, guerras, economía y ecología; e intenta proporcionar a aquellas personas u organizaciones interesadas en estas cuestiones, estudios breves y rigurosos elaborados desde el pensamiento crítico y desde el compromiso con esos problemas.

**Director de la publicación:** Josu Ugarte • **Consejo asesor:** Joaquín Arriola, Anna Bastida, Roberto Bermejo, Xabier Etxeberria, Adolfo Fernández Marugán, Rafael Grasa, Xesús R. Jares, José Carlos Lechado, Arcadi Oliveres, Jesús M<sup>a</sup> Puente, Jorge Riechmann, Pedro Sáez, Antonio Santamaría, Angela da Silva, Ruth Stanley, Carlos Taibo, Fernando Urrutikoetxea • **Títulos publicados:** 1. Carlos Taibo, *Quince preguntas sobre los conflictos yugoslavos*; 2. Xabier Etxeberria, *Antirracismo*; 3. Roberto Bermejo, *Equilibrio ecológico, crecimiento y empleo*; 4. Xabier Etxeberria, *Sobre la tolerancia y lo intolerable*; 5. Xabier Etxeberria, *La ética ante la crisis ecológica*; 6. Hans Christoph Binswanger, *Protección del medio ambiente y crecimiento económico*; 7. Carlos Taibo, *El conflicto de Chechenia: una guía de urgencia*, 8. Xesús R. Jares, *Los sustratos teóricos de la educación para la paz*; 9. Juan José Celorio, *La educación para el desarrollo*, 10. Angela da Silva, *Educación antirracista e interculturalidad*; 11. Pedro Sáez, *La educación para la paz en el currículo de la reforma*; 12. Martín Alonso, *Bosnia, la agonía de una esperanza*; 13. Xabier Etxeberria, *Objeción de conciencia e insumisión*; 14. Jörg Huffschmid, *Las consecuencias económicas del desarme* • **Próximos títulos:** 15. Jordi Molas, *Industria, tecnología y comercio militares. El caso español* • **Diseño:** Jesús M<sup>a</sup> Juaristi • **Fotocomposición:** ABD • **Impresión:** Grafilur • **ISSN:** 1133-9101 • **Depósito legal:** BI-295-94

**Suscripción anual** (6 números): 1.200 pts. • **Suscripción de apoyo:** 1.800 pts. • **Forma de pago:** cheque bancario o giro a nombre de Bakeaz; o transferencia a la c/c 38-3062621-8, de Bilbao Bizkaia Kutxa, Agencia 365, C/ Bergara. 48012 Bilbao • **Adquisición de ejemplares sueltos:** estos cuadernos, y otras publicaciones de Bakeaz, se pueden adquirir en Librópolis. Gral. Concha, 10. 48008 Bilbao. Tel. (94) 444 95 41. Fax (94) 422 07 30. Su PVP es de 200 pts./ej. Para pedidos elevados de algunos de los títulos, dirigirse a Bakeaz.



**Bakeaz.** Centro de documentación y estudios para la paz, es un organismo de carácter no gubernamental, independiente y sin ánimo de lucro. Está formado por un grupo de personas, vinculadas a los medios universitarios y pacifistas vascos, que intenta profundizar en el conocimiento de temas como la militarización de las relaciones internacionales, las políticas de seguridad, la producción y el comercio de armas, la relación entre economía y ecología, o la educación para la paz. Cuenta para ello con una biblioteca y hemeroteca especializadas, y con diferentes recursos pedagógicos, para así asegurar el objetivo de proporcionar información, recursos y asesoramiento. Asimismo, realiza estudios e investigaciones, publica trabajos propios o ajenos, organiza seminarios y cursos, y colabora con los medios de comunicación.

Bakeaz • Avenida Zuberoa, 43 bajo • 48012 Bilbao • Tel. (94) 421 37 19 • Fax (94) 421 65 02

